

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN textos y documentos

Número 236

Valencia, 25 de Septiembre de 1937

María Carbonell, 2

NOBLEZA OBLIGA

En favor de Hispanoamérica

Cuando ciertos diplomáticos suramericanos ofrecieron sus votos al camarada Negrin en pago de algo que pedían, se trataba de agravar a España. Cuando nuestro primer delegado rechazó la idea del trueque vulgar, cosechó suficiente honra para contrarrestar todo posible agravio. Pero si aun necesitásemos más para borrar la impresión del incidente, nos bastaría mirar hacia Bélgica. No son los belgas de nuestra raza; dejaron por allí nuestros antepasados huellas de sangre y fuego, que no se recuerdan menos que las que dejaron por América. Sin embargo, la Delegación belga en la Sociedad de Naciones tuvo decoro sobrado para no presentar su candidatura mientras la de España estuvo sobre el tapete. No sólo es esto un ejemplo para los diplomáticos de nuestra raza que nos fueron hostiles. Es también una demostración de que aún hay alguna monarquía que sabe representar mejor el sentir popular que ciertas llamadas Repúblicas, en las que al pueblo se le reserva preferentemente el papel de víctima.

Huelga decir que el supuesto agravio iba dirigido a España. Quien se sentaba en el Consejo no era precisamente un español simpático o antipático a los unos o a los otros: era España. Fué un inglés quien lo advirtió antes de la votación: allí no se trataba de elegir a un partido o a un Gobierno; se trataba de elegir a una nación. Una nación que llevaba años sentándose en aquel puesto, representada unas veces por derechistas, otras por izquierdistas; pero siempre la misma España. Y no merece esta nación lo que con ella han hecho los aludidos diplomáticos, como no lo merecen tampoco los pueblos que ellos pretenden representar. No lo merece España, porque la labor secular que desarrolló en América la hace acreedora, por lo menos, a que en un concurso universal, en una especie de Babel, la traten como amiga, siquiera por decoro, aquellos que se expresan en su misma lengua. No lo merecen aquellos pueblos suramericanos, porque no han dado ningún motivo para que los que se llaman sus delegados les hagan pasar ante el mundo por mezquinos, desleales e ingratos, cuando nada de eso son. Lo merecería España si, midiéndola por sus gobernantes, fueran éstos los descendientes ideológicos de aquellos inquisidores y encomenderos que atormentaron y explotaron a los indios de América. Pero ocurre lo contrario: los que gobiernan a la España republicana, los que la representan todavía hoy en la Sociedad de Naciones, son elementos del pueblo que también han sido víctimas de los congéneres de aquellos que expoliaron a los pueblos de América, y, a mayor abundamiento, los que descienden ideológicamente de los inquisidores, de los encomenderos, son esos diplo-

máticos chalanés y el resto de las clases privilegiadas que todavía hoy se las arreglan para continuar por allá, bajo el disfraz republicano, el viejo régimen virreinal.

Cuando se trata de un Gobierno hispanoamericano que representa fielmente a su pueblo, no puede menos que ver con simpatía a España, que lo civilizó, por mucho que allá se siga detestando —como se detesta acá— a los explotadores hispanos de ayer y de hoy. Prueba de ello, entre otros, el Gobierno del general Cárdenas. También en México siguieron gobernando, aun después de su emancipación de España, las clases autoritarias; las mismas que gobernaron a España hasta hace pocos años; las mismas que allá y acá se opusieron al desarrollo de la democracia y que también allá y acá recurrieron al extranjero para dominar al pueblo cuando ellas, por sí solas, no lo podían vencer. Pero en México y en España el pueblo ha sabido luchar denodadamente por su libertades. Y hoy el Gobierno mejicano, fiel representante de la opinión de su país, ha sido uno de los primeros, de los pocos, que prestaron a sus hermanos españoles ayuda moral y material, porque, como dijo Isidro Fabela en la Sociedad de Naciones, en presencia de los diplomáticos desleales, el Gobierno del general Cárdenas lo estimó su deber.

Cuando los países a que pertenecen esos diplomáticos estén gobernados por genuinos representantes del pueblo, a buen seguro que sabrán éstos portarse mejor con España. Y no por el provecho que ello pueda reportarnos, sino por un interés puramente fraternal, y también porque nuestra conciencia nos induce a contrarrestar el mal ocasionado por los explotadores españoles que, aun muertos, mandan por conducto de las clases que los sucedieron, deseamos cordialmente que llegue pronto el día en que nos sea dable coadyuvar en alguna forma a la emancipación de aquellos pueblos. Cuando los antiguos correligionarios de los mercaderes hispanoamericanos de Ginebra tenían sojuzgado el espíritu liberal, había en este ambiente español un algo que permitió que germinara en Bolívar y en San Martín la idea de emancipar a América; había también ciudadanos como aquel Mina que, cuando ya la lucha por la independencia mejicana decaía, se fué allá a reanimarla, no contra España, sino contra Fernando VII. Hoy, que el amor a la libertad ofrece en nuestra patria uno de los grandes espectáculos de la Historia, bien podemos hacernos la ilusión de que algún día no remoto españoles y mejicanos unidos puedan ir a luchar por sus hermanos no emancipados, simplemente porque, como el general Cárdenas, lo estimen su deber.

(«El Socialista».—Madrid, 23-IX-37)

Desde el sábado, han salido de Italia dos barcos con tropas

Londres, 20.—El «News Chronicle» anuncia que después de la salida de Nápoles, la noche del sábado, del barco italiano «Liguria», llevando a bordo 3.000 soldados y oficiales, el «Lombardia» ha zarpado, a su vez, de Messina esta noche, con un contingente de soldados, cuyo número no es aun conocido.

Los periódicos de Roma afirman que se trata de tropas destinadas a reforzar las guarniciones de Libia, pero el «News Chronicle» hace observar «que puede muy bien ocurrir que estas tropas no sean enviadas a Libia, sino al Mediterráneo occidental, es decir, a España».

En tercera página:

Sobre el hierro

y
el fuego

Por Antonio Zozaya

LA PASTORAL de los prelados españoles en defensa de los facciosos, ha producido efectos contrarios

«El General Franco no puede pretender grandes victorias que hayan ganado el ánimo de la verdadera opinión católica española para el fascismo. No cabe duda de que ha obtenido hábil y poderosa ayuda. El Vaticano ha consentido que bajo la etiqueta de su nombre se realizara una propaganda en favor de Franco. Pero, no obstante, los jerarcas de la Iglesia en territorio faccioso, han creído urgentemente necesario dirigir una larga epístola a los católicos de todo el mundo. La carta pastoral es un intento desesperado para convencer a los católicos, —en su mayor parte no convencidos—, de que Franco es el verdadero defensor de la fe».

El renombrado historiador doctor James Thomas Shotwell, que nunca escribió ni habló a favor de la España republicana, ha puesto de manifiesto las falacias de la carta pastoral en un comunicado enviado al «New York Times» en el que después de analizar minuciosamente la epístola de los sacerdotes profascistas dice:

«La conclusión es que los prelados no han demostrado nada contra el enemigo ni han justificado su posición. Por el contrario, han revelado con la mayor claridad la debilidad de la actitud de Franco cuando se la juzga a la luz de los principios que profesan. Su actitud no se apoya ni en elevados postulados del derecho y práctica eclesiásticos, ni en el ideal de aquella moralidad que erige el arreglo pacífico de las disputas en lugar de la apelación a la violencia, como única garantía del orden en el mundo.»

(«Daily Worker». — 16-IX-37)

Millán Astray, visionario y lírico

Millán Astray ha pronunciado un discurso. «El Diario Vasco» de San Sebastián del 16 de septiembre reproduce sus palabras. De Millán Astray apenas si queda otro resto que la voz. El general monárquico de las campañas marroquíes se quedó sin África, se quedó sin rey, se quedó sin brazo y sin vista y sin alma y sin conciencia y sin título de general. El ex general, después de maldecir la inteligencia, perora ante un público iluso. Millán Astray aparece ante su auditorio como representación de ultratumba de una España que también lo perdía todo sin importarle nada. España se quedada sin colonias, sin soberanía, sin voluntad. Entonces España era también un cuerpo lisiado, sin orden ni concierto, sin pies ni cabeza. De aquella España lóbrega surge el espectro de Millán Astray. El ex general fantasma se ha saltado sus cadenas —las cadenas de sus responsabilidades africanas— y se presenta en público al trágico compás del tintineo de sus cruces y medallas.

Empieza a hablar. El mutilado pronuncia en tono agrio un discurso de tartamudo. Sus palabras son pocas. A cada momento repite frases del «caudillo». Es Franco quien ha dado esta peregrina definición de la democracia:

«EL REGIMEN FASCISTA VA A LA DEMOCRACIA DE UN SALTO. ESTA ES EMINENTEMENTE LA DEMOCRACIA VERDAD Y ES CON ESTA DEMOCRACIA VERDAD, QUE VAMOS A IMPLANTAR DE UN SALTO, POR LA QUE LUCHA Y VENCERA ESPAÑA.»

Así, de un solo salto, —de un solo salto en el vacío— el «generalísimo» a brinco en el escalafón militar, espera establecer el fascismo en España. «Ya es hora de que todos veáis claro» —añade el soldado tuerto que pretende ser rey en un país de ciegos. Y enseguida se acoge de nuevo, porque él también camina a tientas, a la prosa boba del necio «generalísimo»:

«Ningún español pasará hambre mientras los demás no la pasen. El que sufra hambre que se dirija a su alcalde y le diga: Mis hijos y yo pasamos hambre y Franco lo ha prohibido. ¡Denos de comer!»

Franco ha prohibido el hambre en todo el territorio que domina. Quien no tenga que comer váyale con el cuento al alcalde y no al jefe supremo del desmedrado y enclenque estado totalitario. En Alemania sucede lo propio. En Italia el propio rey se ha quedado canijo a la sombra famélica del «duce». Pero una cosa es el fascismo y otra la inanición. Un Imperio no puede morirse de hambre. ¡Eso nunca! El asunto alimenticio es harina de otro costal para los dictadores sin pan y sin paz. No le compete, por tanto, al «generalísimo» que ha de disponer de tiempo sobrado para recibir a cuantos sultanes Azules o de mil colores lleguen a su lado.

«¡Ya cuando luzca el sol lucirá igual y fecundo para todos!» —ha añadido Millán Astray. «Sus rayos —dijo— doradas las espigas y la lluvia nutrirá las raíces de las plantas».

Mientras se cumple tan feliz pronóstico Millán Astray —la manga vacía de su uniforme al viento y ladeado el sombrero de la Legión— es el espantapájaros clavado en pleno barbecho «nacional». Espantapájaros de mal agüero sobre el que vuela, con el susto en el cuerpo y el desengaño en el alma, la blanca paloma de la paz.

Cataluña en la guerra de independencia

La región autónoma protege a la infancia desvalida evitándole las privaciones que impone la tragedia desencadenada por el fascismo

Una de las facetas más tristes de nuestra contienda, es el dolor de los niños y de los ancianos, seres inocentes e indefensos, que sólo pueden reaccionar ante la barbarie de la agresión fascista, de un modo pasivo, quedando paralizados de terror, sin comprender apenas cómo es posible que seres humanos provoquen una matanza impropia y lleven a cabo, de modo sistemático, el incendio y la destrucción.

Pero, acaso por eso mismo, el totalitarismo germano—Hitler y otros demagogos—ensayan en España un tipo de guerra, la guerra total, concebida de acuerdo con su doctrina política y social y con sus instintos bestiales.

De la guerra total, que no respeta a niños, mujeres, ancianos, enfermos ni heridos, que destruye poblaciones enteras, hay que salvar a los no combatientes.

El pueblo catalán, en masa, se interesa por esta tarea. Innumerables instituciones sociales, de carácter oficial, político y particular, dedican todo su esfuerzo a esta labor humanitaria. Todo catalán participa en ella de un modo directo o indirecto. Si no ofrece su trabajo personal, presta su ayuda económica. Pueblos, aldeas y ciudades, contribuyen, con su aportación, a la gran obra.

Los niños, sobre todo, son objeto de atención preferente. Las colonias escolares de Cataluña —las antiguas y las de nueva creación— están superpobladas. Los niños de todas las regiones devastadas por el odio enemigo, son acogidos con cariño y con cuidadosa solicitud.

Entre las instituciones dedicadas exclusivamente al cuidado de la infancia, figura «Asistencia Infantil, Instituto d'Acció Social Universitaria y Escolar de Catalunya», que preside D. María Solá, Directora de la Residencia Infantil Femenina de Santander.

«Asistencia Infantil» nació en pleno bienio negro, y su iniciativa se debe a las muchachas de la Residencia, que contemplaban con dolor el absoluto abandono en que se encontraban los niños enfermos del Hospital Clínico. Era necesario hacer por ellos lo que no hacían las autoridades, que tenían el deber de atenderlos. Aquellos niños desventurados carecían de lo más elemental e indispensable. El olvido en que permanecían llegó a ser tan absoluto, que, en ocasiones, no se les pudieron administrar las inyecciones recetadas por los facultativos, y hubo un momento en que padecieron hambre, mientras que en los centros oficiales de España entera, se derramaban, desvergonzadamente, millones y millones en plena orgía lerrouxista.

Las estudiantes de la Residencia lanzaron un llamamiento a la opinión pública catalana. ¡Un solo real al mes, para los niños del Hospital Clínico! El llamamiento tuvo una acogida entusiasta. Los donativos ascendieron vertiginosamente. Un real era la cifra mínima; pero había quien daba cinco pesetas, y diez, y veinte, y cincuenta pesetas mensuales para la infancia desvalida.

Actualmente, «Asistencia Infantil», nacida en contraste con la furia de los que hoy asesinan a España, tiene veinte mil asociados que pagan una cuota fija, y otros muchos que contribuyen, con frecuencia, aunque no con regularidad.

Desde sus comienzos, esta institución, hoy dedicada principalmente a los niños refugiados, procedentes de zonas batidas por los facciosos, ha sido absolutamente laica. La guerra ha hecho que su labor se intensifique de modo extraordinario. En el momento actual, mantie-

ne seis colonias escolares, situadas en Pedralbes, Caldetas, Torrentbó, Rubí, Llaveneras y Pino del Vallés. Cada una de ellas está compuesta por un grupo de cuatro edificios, con parque, huerto o jardín, salvo los dos últimos que sólo tienen tres y una casa, respectivamente.

La Directora, doña María Solá, que nos acaba de ser presentada por el Consejo de Propaganda de la Generalidad, señor Miravittles, nos invita a visitar la torre «Los Pitreses», que forma parte de la Colonia de Pedralbes.

—Son las dos —dice—; podremos comer con los niños.

Efectivamente, llegamos en el preciso momento en que los niños entran en el comedor de un espléndido edificio, completamente rodeado por un jardín de cipreses, artísticamente recortados.

A diferencia de lo que ocurría en las escuelas de la época monárquica, los niños no están sometidos a una disciplina rígida y absoluta que domina y somete. Su mejor tesoro es la libertad, y con la libertad, la alegría. Sin embargo, jamás hemos visto tanto respeto mutuo, tanto afecto a las personas mayores, a las que se acercan con un cordial sentimiento de amistad.

Jamás hemos visto en los niños el cariño expresivo que los de la Torre de los Cipreses, manifiestan, al darse cuenta de la presencia de doña María Solá. Y es algo espontáneo, efusivo, íntimo, verdadero, que no se parece, ni remotamente, a las visitas oficiales que, en otro tiempo, giraban a las escuelas, puramente por compromiso, el párroco, el alcalde o el inspector de Enseñanza.

En la Colonia, se habla castellano. De los 75 niños de la Colonia, solamente once son catalanes. Los demás son de Madrid, Irún y San Sebastián. En breve llegarán veintiseis más, casi todos ellos de Santander.

El profesorado y el Servicio son absolutamente voluntarios. Nadie quiere cobrar estipendio alguno por su trabajo. Licenciados en filosofía, médicos y estudiantes prestan su apoyo desinteresado a la institución. También, entre ellos, hay algunos refugiados del Norte, que huyen de la bárbara matanza; pero los más son catalanes.

HEMOS VISTO LLORAR A UNA NIÑA, PORQUE LA ENFERMEDAD LA RETENIA EN EL LECHO Y LE IMPEDIA REALIZAR LA MISIÓN QUE SUS COMPAÑERAS LE HABIAN ENCOMENDADO.

Aunque nadie nos esperaba, la comida de los niños es tan abundante que nuestra presencia no supone la menor extorsión. Viene con nosotros un canadiense, que ha trabajado durante varios meses en el servicio de transfusión de sangre. Mr. Sorenson, que, aunque nacido en Dinamarca, ha vivido siempre en el Canadá. Sorenson se muestra admirado de la exquisita corrección de estos niños que, apenas hace unos meses, eran unos pequeños salvajes. ¿Cómo se ha realizado el prodigio? Basta contemplar su vida, para darse cuenta.

En el comedor, con grandes vidrieras que dan al jardín, no existen esas largas mesas de cárcel o de asilo. Cada cinco niños, tienen una mesa, a la que se sientan con un niño mayor, o con uno de sus profesores, que, en uno y otro caso, ejercen funciones de responsable. No están obligados a guardar silencio, pero hablan en voz baja, moderadamente. Ellos mismos disponen las mesas, y las adornan con flores. Por turno, sirven el pan, ayu-

dan a servir la comida. Las niñas y niños mayores —la coeducación ofrece resultados sorprendentes— tienen a su cargo enseñar la casa a los visitantes y explicar la utilidad de cada dependencia.

La niña que debió desempeñar esta misión, se halla enferma en la cama. La visitamos antes de comer, y la encontramos llorando. Tenía una gran ilusión por la función que se le había asignado. La consolamos, y volvemos al comedor.

Los niños no se sientan a la mesa hasta que están los seis que comen juntos diariamente. Se guardan entre ellos esta consideración.

La comida es muy nutritiva. Hoy comemos arroz con bacalao, ensalada de tomate, carne asada con pimiento, manzanas y uva. Poco más o menos, y variando los manjares, se come siempre así.

LA SALUD DEL NIÑO REFUGIADO Y EL DESARROLLO DE SU SENTIDO DE RESPONSABILIDAD SON LOS OBJETIVOS FUNDAMENTALES DE LAS COLONIAS DE «ASISTENCIA SOCIAL».

El Director de «Asistencia Social» nos explica:

—En dos cosas ponemos especial cuidado: En el estado de salud del niño refugiado y en el desarrollo de su sentido de responsabilidad. Ahora, de acuerdo con la Generalidad de Cataluña, nos disponemos a recibir a los niños de Santander. Lo primero que se hará con ellos es someterlos a un reconocimiento médico, muy minucioso, y, después, según su naturaleza, les enviará a las colonias de mar o a las de monte. También se procede a su clasificación, desde el punto de vista psicológico, para situarlos en el ambiente más favorable y poner a su disposición los elementos que les sean necesarios.

Nuestro médico, doctor Jerónimo Moragues, del Instituto Psicotécnico de la Generalidad, visita, como mínimo, dos veces por semana cada colonia. Pero no efectúa la clásica visita de médico, sino que permanece largas horas con los niños, come con ellos, escucha sus conversaciones, les alienta en sus juegos y en sus proyectos, etc. Es hombre de especial preparación pedagógica.

Hace poco, vinieron unos niños que no podían estar en ninguna colonia de vida familiar. La policía los había recogido en ambiente de delincuencia. En estos casos, la Junta de Tutela de Menores se hace cargo de ellos.

Los niños aptos, que pueden inmediatamente iniciar sus estudios o ejercitarse en un oficio, no salen de Barcelona. Se les da la preparación necesaria, y se les matricula en la Escuela de Trabajo o en el Instituto Escuela. Si aprovechan, siguen normalmente las clases.

Ha terminado la comida, y un grupo de niños se aproxima, para preguntar por el señor Fontbona, que es el profesor que les preparó para su ingreso en la Escuela de Trabajo. El señor Fontbona está enfermo. Los niños se muestran desconsolados. Quieren ir a verle. Echan de menos sus amenas explicaciones. Temen no aprobar en su examen. Sienten pena por el amigo. Esto es nuevo, absolutamente nuevo, en España.

LOS NIÑOS CELEBRAN UNA ASAMBLEA SEMANAL, EN LA QUE SE JUZGA, DEMOCRÁTICAMENTE, Y PREPARAN EL TRABAJO PARA LA SEMANA ENTRANTE.

Doña María Solá es requerida por unas atenciones inmediatas. El responsable de la torre, don Antonio

Nadal, prosigue la explicación, que había quedado interrumpida.

—Como han oído ustedes, una de las cosas fundamentales que procuramos es despertar en el niño el sentido de la responsabilidad, sin coacciones superiores. Los mismos niños son quienes lo fomentan entre sí. Los sábados se interrumpe el horario habitual. La colonia entera se dedica al aseo personal y al cuidado de las cosas que les han sido confiadas. Después, en presencia de los profesores, se reúnen en asamblea. El responsable hace el resumen de la semana, y explica a los niños los errores y faltas que han cometido, procurando razonarlas y que no aparezca en su calificación nada arbitrario o caprichoso. Casi siempre, los autores reconocen su culpabilidad. Entonces, los demás niños examinan el alcance de la torpeza cometida, la juzgan e imponen la sanción, que siempre cumple el interesado, con la mejor voluntad.

Un ejemplo: algunos niños se subían a los limoneros del jardín, arrancaban los frutos y desgajaban las ramas. Se llevó el asunto a la asamblea. Se les explicó la escasez de limones, su precio elevado y su utilidad. Había un niño, con anginas, a quien se daba jugo de limón. Pueden ustedes pasar al jardín. Ninguno ha vuelto a subir a los limoneros. Y los limones permanecen en el árbol, hasta que han de ser utilizados.

Cuando visiten ustedes la casa, fíjense en las paredes y en los muebles. No tienen una sola raya. ¿Por qué? Porque se ha hecho comprender a los niños la belleza de una pared limpia, artísticamente pintada. Y los niños comprenden el arte y la belleza. ¿Recuerdan ustedes las escuelas de antaño, y sus mesas agujereadas, llenas de inscripciones, grabadas a punta de navaja, y sus paredes cubiertas de letreros soeces? Cualquiera que las recuerde y vea ahora estas casas, se preguntará: ¿Pero éstos son aquellos niños españoles?

Después del examen retrospectivo de la semana fenecida, la asamblea infantil se ocupa de la semana entrante, de los proyectos de excursiones y de todos aquellos que quedan al margen de los trabajos habituales. Se introducen novedades en la organización. Este último sábado, se han ocupado de la edición de un semanario, que tendrá un solo ejemplar, con artículos y trabajos de los mismos niños. Saldrá el primero de octubre, y se llamará «El Jilguero». Una de sus características será la publicación de una nota del día, en que, sin intervención del profesorado, se comenten el suceso más destacado de cada día de la semana, al juicio del niño que se encargue, por propia voluntad, de este cometido.

Todos los días, después de cenar, se dedica media hora a hacer música, a que los niños ensayen sus aptitudes artísticas y a charlar. Después, se dirigen a los dormitorios —no más de seis niños, en cada una— y descansan, para volver a empezar al día siguiente. Por este procedimiento, progresan rápidamente, y toman tal cariño a la colonia, que consideran como castigo el hecho de que se les traslade un par de días a cualquiera otra de nuestra Institución.

«ASISTENCIA INFANTIL» PIENSA EN EL FUTURO DE LOS NIÑOS, QUE HAN PERDIDO SU HOGAR Y SUS FAMILIAS, Y LOS EDUCA PARA QUE SE BASTEN A SI MISMOS Y PRESTEN UN SERVICIO UTIL.

La señora Solá se reúne, de nuevo, con nosotros.

Recorremos las dependencias de la Casa. La cocina, los dormitorios, los cuartos de aseo y de baño, etcétera. La pulcritud es extremada. Pero no una pulcritud de hospital, sino de hogar instalado con arreglo al gusto artístico más moderno. La decoración, recientemente terminada, no tiene nada que envidiar a la de las casas particulares más suntuo-

sas. Y se han comprado los muebles mejores y de gusto más refinado.

—¿Saben quienes lo cuidan todo con más solicitud? —nos preguntan—. Los niños, esos mismos niños cuyo mayor placer era destruirlo. Tienen conciencia de que todo eso es suyo, y se les ha enseñado a estimarlo.

Por la carretera del Tibidabo, dominando Barcelona desde lo alto, nos dirigimos a la Colonia de Pins del Vallés y de Rubí.

La Presidente de «Asistencia Infantil» satisface nuestra curiosidad.

—Ahora tenemos poco más de 500 niños, pero con los que esperamos de Santander, pronto tendremos dos mil. Del desarrollo intelectual de muchos de ellos, puede dárseles idea el hecho de que algunos, de doce y trece años, ignoran cuando llegan aquí, que la capital de España es Madrid. A éstos, dada su edad, hay que procurarles una enseñanza que despierte su interés. Nos apoyamos para ello en los temas infinitos que sugiere la vida, a fin de despertar su deseo de saber, su espíritu de observación, la posibilidad de contemplar y admirar, serena y tranquilamente, las maravillas que les rodean, y que no habían visto antes, a pesar de tenerlas siempre ante sus ojos. La Gramática, la Aritmética, la Geografía y la Historia, se les presentan yuxtapuestas a algo vital que les seduzca, aunque no quede en la mente el dato concreto que tanto preocupa al adulto. Queremos saturarles de la vida, gozosa y bella, que no habían conocido. Ya tendrá el niño tiempo de retener cifras y nombres, cuando la doble naturaleza que se forma en él, como reacción lógica a un medio ambiente hostil y de incompreensión, sea sustituida por completo por la naturaleza confiada y noble que es propia del niño.

Nuestra Institución no es transitoria.

Pensamos en el futuro de los niños, que acogemos amorosamente. Terminada la guerra, muchos de ellos no podrán regresar a un país devastado, a un hogar deshecho. Tendrán que esperar a que la reconstrucción sea completa. Otros, desgraciadamente, no podrán volver jamás a sus casas. Nadie podrá ofrecerles la familia, que desapareció para siempre. Para ellos, ya entonces, seguramente adultos, hemos de prever desde ahora la organización de granjas y talleres y escuelas de economía, y manufacturas; la fundación de otra escuela superior de estudios técnicos, en que se manifiesten las cualidades de los más aptos. Nuestro objeto es que cada niño, pueda, en el futuro, bastarse a sí mismo, y prestar un servicio útil a la sociedad.

Las colonias de Pins del Vallés y de Rubí, son perfectas, en su género. Con sus campos de experimentación y de deporte, sus huertas, sus jardines y sus pequeños talleres en miniatura.

Los niños madrileños de Rubí están locos de alegría, porque el Ayuntamiento les ha regalado unos viñedos para que los conviertan en huerto. Comen uva, y se coronan de pámpanos. Rien, juegan y trabajan. Y, sobre todo, olvidan. Olvidan el zumbido de los aviones negros, el horribilísimo fragor de la batalla, el crepitar del fuego que destrumba sus hogares.

Los niños de Madrid y del Norte son felices en Cataluña.

Cataluña realiza, en silencio, una obra que desconocen todavía muchos pueblos de la zona leal y todos los países reaccionarios extranjeros, que acogen jubilosos la calumnia de su separatismo.

Se autoriza la reproducción de cuanto se publica en este BOLETIN

sobre el hierro y el fuego

Ideales, fines y medios

Hablamos demasiado los hombres de los fines que nos proponemos; pero ¿qué son verdaderos fines? ¿Son la satisfacción de nuestras necesidades materiales o de nuestros caprichos? En tal caso la res de labor que apaga el ardor de sus fauces en el arroyo, el jaguar que se arroja sobre el antílope o la cabra montés para devorar a su presa, el elefante que se tiende bajo el baobab, para cejar adormilado, sus enormes párpados, han realizado fines; se proponían comer, beber, dormir y lo consiguieron, ni más ni menos que el mercader astuto y sin entrañas logra enriquecerse a costa de sus compradores, el usurero de la necesidad de sus prestatarios y el administrador infiel defraudando al Estado, a las Sociedades Mercantiles o a los particulares que depositaron su confianza en ellos.

Pero cuando se habla de finalidad, se sobreentiende que se trata de la consecución de un generoso y noble propósito. Sean cualesquiera las definiciones que los Diccionarios den a este vocablo, un fin humano, no puede ser sino un ideal realizable en provecho de la Humanidad. Los demás son fines particulares o, mejor dicho, simples propósitos egoístas y hasta cuando se trata del interés de una colectividad y aun de una Nación, no pueden ser sino fines parciales, que deben hallarse subordinados a los de toda la especie humana.

No por ello se debe confundir los fines con los ideales. Los fines pueden ser realizados totalmente; los ideales cuando se realizan dejan de serlo; pero no pueden serlo íntegramente jamás, como, por mucho que se multipliquen los lados de un polígono, nunca llegará éste a confundirse con la circunferencia. El ideal es la circunferencia de círculo y los fines son los lados de ese polígono que constantemente se van acercando al ideal.

Por ello, los fines en cada individuo pueden ser muchos, en tanto que el ideal no puede en ellos ser sino uno solo, que abarca y comprende todos los fines. La finalidad es concreta; el ideal abstracto. Y hay más: por ello mismo, no todos los hombres, tienen un ideal, aunque se propongan fines desinteresados y nobles, porque no todos los entendimientos pueden alcanzar la visión de lo abstracto. Conforme se acentúa la miopía de los individuos, menos lados tiene el polígono, menor es el número de los fines a realizar y ellos son más groseros. Y aun entonces los miopes llaman **chiflados** a quienes ponen altas sus miras. «Mas estos **chiflados** —escribió Max Nordau— son los que han de asaltar las viejas fortalezas que parecían inexpugnables».

Los fines se idealizan y llegan a ser verdaderos ideales cuando se identifican con los abstractos y se unen a los de todos los hombres en superiores síntesis. La familia por ejemplo, no es un ideal cuando se trata de una sola, sino cuando se habla de la Familia con mayúscula, es decir del vínculo y de la sociedad familiares en todos los lugares y en todos los tiempos. De igual suerte, el bien y la prosperidad de la Patria, es un fin glorioso y loable, pero no puede ser un ideal sino cuando se asocia la idea de una Patria a la de las otras Pa-

trias y se busca el avance y prosperidad de todas bajo los dictados de convivencia y los más altos principios de humanidad.

La Paz, la Cultura, la Justicia social son verdaderos ideales, a los cuales es preciso acercarse, como el polígono a la curva cerrada equidistante siempre de un punto. La grandeza de un Imperio, cuando se inspira en este concepto, se trueca de fin en ideal; más cuando lo que sobrepone es someter a otros pueblos a su dominio, esclavizarlos, apoderarse de sus riquezas y enriquecerse en provecho, no de todos sus súbditos, sino de las clases privilegiadas, entonces la grandeza de la Patria no es un ideal, ni siquiera un fin, sino instinto meramente animal, como el hambre de la pantera, por muchas banderas que se hagan tremolar, por muchas muchedumbres que se congreguen para aclamar a un déspota y por formidable que sean los ejércitos de que se disponga.

Así, algunas civilizaciones, luego de destruidas, dejan tras de sí una estela imborrable, como dejó un ideal estético Atenas, un jurídico Roma, otro religioso la España medieval y unos sociales otros pueblos actuales. Pero los Imperios cuya razón de ser es únicamente la fuerza, sin inspirarse en ideal alguno, esos no dejarán al desaparecer en la Historia, estela luminosa alguna, como no deja huella de su paso en el aire el ave de rapina, ni la dejó en su huida la flecha traidora del soldado partho.

Los medios, solamente son útiles (útiles en el sentido que la utilidad dió Jeremías Bentham, es decir, cuando sirven a un fin loable) y son también humanos si se ajustan a los sentimientos de equidad y de bondad que todo varón honrado lleva dentro del corazón, a los datos inmediatos de la conciencia, que dice Bergson. Eso de que todos los medios son buenos con tal que conduzcan a un fin quédese para los ignacios y los maquiavelistas modernos. Si a los hombres se les conoce por sus frutos, conforme a la frase evangélica, a los fines se los distingue de los ideales y se los clasifica en razón a su enlace con ellos por los medios empleados en su consecución. Un particular que explota a sus semejantes para enriquecerse no emplea medios útiles aunque lo parezcan para su propia conveniencia, en la práctica siempre fallida, porque el malo no puede ser dichoso; tiene que atormentarle la conciencia de su propio mal. De igual manera, las Naciones que para asegurar su grandeza, destruyen, invaden y acuden a toda clase de procedimientos reprobados, no emplean medios útiles y el porvenir las reserva los más definitivos y trágicos fracasos.

El utilitarismo, estudiado por Stuart Mill, tiene el defecto de todos los ismos, por bien orientado que estuviese el autor. No hay más que una utilidad: la que se inspira en el ideal abstracto y en el bien de todos los nacidos. No hay más que una clase de medios para alcanzar un fin; aquellos que no contrarían los principios de humanidad y los preceptos del Decálogo.

ANTONIO ZOZAYA

(Escrito expresamente para el «SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACION».)

Alemania envía aviones de guerra a Franco por Marignane

Es preciso que termine este escándalo

Desde hace algunos días se observa en Marignane, el paso de aparatos trimotores alemanes Junkers. Estos aviones hacen escala en el aeropuerto de Marsella como correos ordinarios. De allí van a Lisboa.

Los obreros que se encontraban en el aeródromo quedaron sorprendidos al reconocer torretas para ametralladoras y dispositivos lanzabombas, hábilmente disimulados debajo de las alas.

Por otra parte, las matriculas de estos aparatos están escritas con negro de humo. Algunos obreros se entretuvieron en borrarlas con un trapo mojado.

En diferentes ocasiones, los inspectores encargados de la vigilancia, han hecho pesquisas y retra-

sado la salida de estos aparatos, pero como no llevaban armas a bordo tuvieron que dejarlos partir.

Nos hallamos, pues, en presencia de aparatos de bombardeo alemanes destinados a Franco, que van a la España rebelde, pasando por nuestro país.

El último de estos aparatos tomó tierra en Marignane el jueves 16 de septiembre.

Todo el personal del aeródromo puede dar fe de la exactitud de estas afirmaciones.

En Marignane causó asombro que pueda efectuarse semejante tráfico y que no se hayan tomado medidas para cortarlo.

(De «L'Humanité». — 21-IX-37)

El Reichsführer y la guerra de religión

Sabíamos desde hace mucho tiempo que los alemanes eran torpes y, desde hace algunos años, que el Reichsführer era la encarnación de Alemania; pero se nos contaba que se trataba de una nueva Alemania que Hitler había inventado. Pues, nada de eso; es la antigua, la eterna; es la Germania perpetuamente envuelta en nebulosidades, y, para repetir las palabras de uno de los predecesores del *führer*, la de «pólvora seca y espada afilada». Esa torpeza nos ha salvado veinte veces a los franceses, a pesar de nuestras debilidades y de nuestra indolencia, al lanzar su trueno en tiempo inoportuno. De nuevo, el otro día, ha retumbado el trueno sobre el Walhalla racista, que no es sino la tribuna de Nuremberg, y he aquí, de repente, a todos los franceses unidos, creo yo.

Cuando no era más que un simple hombre de partido, con gabardina amarilla sobre la camisa pardada, el Reichsführer apuntaba ya la idea de una guerra de religión, de una especie de *football* de orden superior con el Mal de un lado, como jefe de campo, el Bien del otro, todos los demonios detrás del Mal y todos los ángeles detrás del Bien, el cual estaba, como es justo, representado por el gran dolicocéfal rubio (tipo exactamente análogo al de Goebbels, que es negro como la noche, braquicéfalo como la mitad de los alemanes y pequeño hasta el punto de no atreverse a presentarse ante el Consejo de revisión). Si, Hitler iniciaba ya ese culto mediocre, al perfeccionamiento del cual, Rosenberg, consagra su veladas y también el general Ludendorff, este último para consolarle de haber sido derrotado sin haber comprendido nunca cómo. Pero podía dispensarse esta manía adquirida en las calles de Viena al mismo tiempo que el odio a los judíos. Cada hombre tiene sus debilidades. Podía pensarse que el Poder le curaría, que se daría cuenta de la existencia de una Alemania, de una Francia, de una Inglaterra, de una Italia y de una Rusia y que se podría hablar con él del Debe y Haber, de materias primas y de objetos fabricados; que al fin cesaría de bogar perpetuamente por los aires como algunos *taumaturgos* y que su pie encontraría, por último, la tierra, no para hacer salir de ella legiones, sino para ponerse en contacto con la madre nodriza de todos los hombres. Pues no; cuatro años después de su advenimiento, se nos presenta aún como hubiera podido presentarse Mahoma, como jefe de una religión, enemigo de la religión de enfrente, la cual es el bolchevismo judío. Y como Hitler se parece a Dios, nos declara *Urbi et Orbi*, que como las democracias son las humildes servidoras del bolchevismo judío en cuestión, están naturalmente judaizadas y bolchevizadas por aquél y que él, *führer* de los alemanes del Reich y de los de fuera del Reich, no podía sufrir que continuasen su abominable juego. Exclama: «Ya sabéis que en España el bolchevismo judío se dispone a desencadenar una revolución abierta por medio de la democracia.» Y añade: «Si Francia e Inglaterra no desean que se produzca en España un desplazamiento de fuerzas del lado de Alemania y de Italia, nosotros no deseamos tampoco, en lo que nos concierne, que se produzca un desplazamiento parecido en el sentido de un aumento de la potencia bolchevique.»

Luego insiste: «Si Francia e Inglaterra afectan inquietarse ante la idea de que España pudiese ser ocupada por Alemania e Italia, a nosotros nos horroriza la idea de que aquella pudiera ser conquistada por la Rusia soviética.

Esta invasión, no hay necesidad de que tenga el carácter de una ocupación militar; sería efectiva el día en que una España bolchevique se hubiese convertido en una sección, es decir, en una parte integrante de la central bolchevique de Moscú, en una sucursal, pues, que recibiría no solamente directrices políticas, sino subsidios materiales de Moscú.»

Después, Hitler precisa (y me atengo a lo dicho por M. George Blum en el «Journal») que si se regocija de los triunfos de Franco es porque el triunfo de Valencia (del bolchevismo judío), produciría la bolchevización de Francia, de Bélgica y de Holanda, países con los cuales Alemania está obligada a tener intercambios comerciales, y ello sería para Alemania una catástrofe económica. Finalmente, vuelve a la amenaza: «Nosotros afirmamos que veremos en todo crecimiento del bolchevismo en Europa un desplazamiento del equilibrio europeo. Y como Inglaterra está interesada en impedir un desplazamiento de fuerzas tal como el que concibe, nosotros estamos interesados en impedir un parecido desplazamiento, tal como nosotros le concebimos.»

En otros términos, y para hablar claro, el Reichsführer, declara que si un Estado europeo se hace bolchevique, hay un desplazamiento de fuerzas en favor de la Rusia de los Soviets y, por consiguiente, un peligro, contra el cual, Alemania tiene el derecho de prevenirse.

Nada menos que eso. Como se ve, si se le apretase un poco, diría gustoso, como lo dicen sus periódicos, que Francia no tiene derecho a tener un régimen de su elección, pero, como es alemán, es decir, torpe, habla en seguida de las dos Francias, la que él ama y de la otra. Vuelvo a citar a M. George Blum que lo ha escuchado con sus propios oídos: «Adolf Hitler se ha reído de la S. de N., cuya impotencia actual ha tratado de ridiculizar. Y, al desarrollar su idea, se ha esforzado por establecer una diferencia entre la Francia de hoy y la que llama la Francia nacional, dando a comprender de esta manera, que con esta última, a pesar de todas las rivalidades pasadas, sería más fácil una entente que con la otra.»

Dice «nacional», pero lo que quiere decir es «nacionalista».

¿Qué reacción se produciría en los nacionalistas franceses ante estas extrañas palabras?

No hay que tomar esto por lo trágico, me diréis. Sí, sin duda. Yo me apresuro a reír, como Figaro, del discurso de resonancias metálicas, por miedo a verme obligado a llorar, porque este hombre, después de todo, dispone de la Reichswehr, pero, aparte de este detalle, que no es más que un detalle cuando se trata de Francia, hallo el discurso del *führer* como muy a propósito para dirigido a los alemanes.

(«La République», 15-IX-37.)

Alemania va a establecer la tarjeta de pan

Goering ha declarado recientemente que no vacilará en tomar las medidas «más severas» para asegurar el reparto de pan «sin diferencia entre ricos y pobres».

Concretamente, esto significa el anuncio del próximo establecimiento de la tarjeta de pan.

Lo mismo que en la guerra. Nueva prueba de las dificultades extremas con que la Alemania de Hitler tropieza en todos los dominios de la alimentación.

(«La Lumière», 17-IX-37.)

Los que hay detrás del paraíso fascista

Nadie ignora que entre la apariencia oficial de Italia y su aspecto real media un abismo; que el entusiasmo de los dirigentes fascistas oculta, en realidad, la profunda miseria del pueblo. Esto es tan cierto que una atenta lectura de los mismos periódicos italianos revela, a veces, hechos tan vergonzosos, detalles tan significativos de la arbitrariedad a que están sometidos los desgraciados obreros de la Península, que uno se maravilla de que la censura los haya dejado pasar.

Si nos tomamos la molestia de leer, por ejemplo, el «Lavoro Fascista», de Roma, hallaremos en su sección diaria «Correo de trabajador», noticias de las verdaderas condiciones de existencia de los obreros en la Italia fascista, con muchos más detalles que los que pueda contener la estadística más completa; detalles que son tanto más reveladores y emocionantes, cuanto que son presentados por los modestos corresponsales en términos que ponen claramente de manifiesto las preocupaciones de los trabajadores italianos.

He aquí lo que, entre otras cosas, podía leerse en la mencionada sección del «Lavoro Fascista» del 11 de agosto último.

«Petición. — Recurro a la cortesía de ustedes para pedirles su opinión sobre los puntos siguientes:

1) He trabajado desde principios de 1930 hasta el 15 de agosto de 1936, en una imprenta, como linotipista de segunda categoría.

2) El patrono, a pesar de haber reconocido mi capacidad como linotipista, no me ha pagado nunca el salario que me corresponde.

3) Nunca he disfrutado de vacaciones pagadas.

4) El 15 de agosto de 1936, fui despedido sin motivo, lo cual, fué plenamente reconocido por el sindicato corporativo, a quien sometí el caso. El patrono, no sólo no quiere pagarme la diferencia de salario, que me debe, sino que también se

niega a abonarme lo que por despedido me corresponde. Lo único que me concede es la cantidad de 400 liras a título de antigüedad.

5) Yo desearía saber si la cantidad que está dispuesto a abonarme, está de acuerdo con lo que disponen las leyes. El salario de segunda categoría para los obreros impresores está fijado en Tarento (domicilio del corresponsal, N. D. L. R.) en 93 liras por semana de 48 horas.

También desearía saber si es cierto que el patrono no está obligado a pagarme la diferencia de salario, pues el que he venido cobrando es de 60 liras semanales (unos 85 francos).

M. M. de Tarento.

He aquí la contestación del periódico:

«Según el contrato nacional de trabajo que rige el Estatuto de los obreros impresores, el obrero pierde todo derecho a indemnización por despido, si ha sido súbitamente despedido por motivos de disciplina. Hay que tener en cuenta, sin embargo, el hecho de que las 400 liras (unos 550 francos) se las concede el patrono a título de arreglo amistoso, en vez de la cantidad muy superior que supondría el pago de la diferencia de jornal y las vacaciones.

Según el mismo contrato, el obrero despedido por motivos no disciplinarios, tiene derecho, aparte de la indemnización de despido, al jornal de dos días por año de antigüedad (desde 1930 a 1932) y de tres días por año de antigüedad desde 1932 hasta 1936.

Si no quiere usted aceptar la suma ofrecida por el patrono, puede usted recurrir a los Tribunales para pedir la diferencia de jornal y las vacaciones que se le deben, a más de la indemnización de despido, y, en el caso, que nos parece poco probable, de que haya usted sido despedido por motivos no disciplinarios.

Observemos ahora que el coste de la vida en Italia no ha cesado de aumentar en los últimos tiempos.

He aquí los índices oficiales (con relación al índice de base 100, en 1929): junio de 1934: 73'59; junio de 1936: 82'89; junio de 1937: 91'01.

¿Que se desprende de esta correspondencia? Primeramente, que un linotipista «de segunda categoría», tiene derecho, en Tarento, a un salario semanal de 93 liras (unos 130 francos). Que la semana de trabajo en Italia, lejos de ser de cuarenta horas, como proclaman orgullosamente los periódicos de la Península, es de 48 horas, puesto que el jornal estipulado por el contrato nacional de trabajo se aplica a esta duración. Que durante años enteros, un patrón impresor ha podido impunemente rebajar el salario legal, que es ya un salario de hambre, en más de una tercera parte.

Por último, que las vacaciones pagadas son una ficción en el paraíso del duce, y que un patrón tiene la desfachatez de ofrecer a un obrero suyo, que ha permanecido seis años a su servicio, la indemnización irrisoria de 400 liras. Para colmo, en la respuesta del «Lavoro Fascista», periódico que se dice dedicado a la defensa de los intereses del obrero, se lee esta frase inverosímil:

«...en el caso, que nos parece improbable, de que haya sido usted despedido por motivos no disciplinarios, cuando el solo hecho de que el patrono haya ofrecido un arreglo amistoso, demuestra que no puede tratarse de un despido por motivos disciplinarios (noción muy elástica, por lo demás), en el cual caso, el obrero despedido no habría visto un centimo. Tal vez se nos haga la objeción de que se trata de un caso aislado. Pero a eso contestamos con otra carta, aún más significativa, publicada en la misma sección del «Lavoro Fascista». Hela aquí:

«P.—Trabajo doce horas diarias en una empresa industrial y tengo

una hora de descanso de las doce de jornada; pero sólo me pagan once. Como ha transcurrido un año entero desde que ingresé en este establecimiento, se mal ha concedido una vacación de seis días, pero la empresa no quiere pagármela más que a razón de ocho horas diarias de trabajo retribuido. ¿Puedo exigir que me sean abonados los seis días de vacación sobre la base de once horas de trabajo cotidiano, puesto que tal es la duración de mi jornada normal?

R.—A menos que su contrato de trabajo lo estipule de otra manera, los contratos prevén, generalmente, que el pago de la vacación debe calcularse sobre la base de la jornada de trabajo normal, tal como lo establece la Ley, o sea ocho horas diarias, sin que se tenga en cuenta si el obrero trabaja en realidad más o menos horas que las previstas normalmente.

He ahí un obrero que trabaja once horas diarias. En su respuesta, el periódico fascista encuentra la cosa perfectamente normal, si bien habla de una semana «normalmente prevista» de cuarenta y ocho horas.

Traduzco, por último, otra carta más, leída en el citado periódico del 18 de agosto último:

«P.—Le agradecería que me diese los informes siguientes:

1) Trabajo desde hace diez años en un establecimiento metalúrgico. La Dirección nos ha comunicado hoy que los metalúrgicos no tenemos ya derecho, desde septiembre de 1935, a la vacación anual, y que un obrero despedido sólo puede reclamar una indemnización de tres días por año de antigüedad. Yo desearía saber por qué se nos priva ahora de las vacaciones pagadas.

2) Querría asimismo saber si un obrero que ha trabajado en una empresa innumerables horas suplementarias, sin aumento alguno de jornal por esas horas, tiene derecho, si es despedido, a reclamar el

pago de los suplementos que no le han abonado.

R.—El contrato nacional de trabajo prevé para los obreros de la industria metalúrgica, una vacación de seis días al año, retribuido sobre la base del salario percibido normalmente por semana de cuarenta y ocho horas. Si el obrero ha trabajado un año entero, tiene derecho a un día de vacación pagada por cada dos meses de servicio.

La indemnización de despido por motivos no disciplinarios, es de un día de salario (ocho horas), después del primer año de antigüedad, de dos días por año, a partir del segundo año, de tres días a partir del quinto año, y de cuatro días a partir del décimoquinto año de antigüedad.

Por lo que respecta a las horas suplementarias, el obrero tiene derecho a un aumento del 20 por ciento en la provincia de Roma. En aquellas provincias en que el contrato no estipule nada especial, el aumento es del 10 por 100 del salario ordinario.

Si el patrono no se aviene a estos compromisos contractuales, el obrero, antes de recurrir a los Tribunales, debe someter el caso a un sindicato corporativo para una tentativa de conciliación obligatoria.

¿Tentativa de conciliación obligatoria? Esto no quiere decir sino que el periódico oficial de los obreros en la Italia fascista, prevé para el patrono abusivo la posibilidad de «arreglarse en forma amistosa» con sus obreros, aun cuando, burlando los términos de las leyes existentes, no les pague el salario que les corresponde.

Todo francés debería meditar sobre las enseñanzas que se desprenden de esta correspondencia, del «Lavoro Fascista», el cual exhibe en su primera página la grandeza y las ventajas del régimen.

EDUARD JACQUES CONSTANT

(«La Lumière», 17-IX-37.)

EL PUEBLO ESPAÑOL EN ARMAS

Por el Dr. PABLO M. MINELLI

(Continuación)

En el Reino Unido, el atentado contra la independencia de España, y la cómplice conducta del Gobierno, constituyen ya uno de los hechos que más influyen en la elevación y el avance de la marea popular. De persistir aquel atentado y esta conducta la unidad de las fuerzas democráticas recibirá un valioso acicate. Y sólo esa unidad puede convenir al pueblo británico en el arbitrio de la situación. Mientras ella no se produzca las clases dominantes hallarán siempre un camino para escalear los triunfos populares. El ejemplo de Mac Donald es una gota en el océano de la traición a la democracia inglesa.

El espectáculo de la Península agredida no ha estado ausente en el ánimo de los pueblos belga y holandés al enfrentar al movimiento fascista.

La repercusión en América Latina

En América Latina no es menos poderosa la repercusión espiritual de la España asaltada y heroica. Diariamente las fuerzas populares perciben, con más nitidez, la trascendencia singular del conflicto. Empieza a cundir en las amplias masas la inteligencia de que, en los campos ensangrentados de España, se resuelve el destino inmediato de los pueblos sojuzgados de Latinoamérica.

La suerte de la democracia española es un hecho decisivo para la vida de nuestros pueblos. Si esa democracia fuera aplastada, la opresión en la América Hispana sería aún más asombrosa. Los aliados de los generales rebeldes encontrarían el camino abierto para facilitar, en la parte meridional del continente, la amplia penetración de los intereses económicos a que responden. La posibilidad de establecer la democracia encontraría obstáculos poco menos que insalvables.

El General Franco ha mencionado ya uno de los pretextos: la reconstrucción del Imperio Hispano. Si las circunstancias lo permitieran y ello fuese necesario, la

bandera imperial sería enarbolada en los cruceros fascistas, sus insignias encabezarían nuevas expediciones invasoras.

Esa perspectiva tiene todo el viso de una locura. ¿Cómo dar crédito a semejantes designios? Sin embargo, no es prudente dejar de denunciarlos. Debemos tener en cuenta que, en esta etapa de la historia, los acontecimientos se desenvuelven con más rapidez que la conciencia. Multitud de amenazas y advertencias, convertidas hoy en realidad, parecieron utopías hace poco tiempo. Citemos sólo algunos ejemplos.

Cuando surgen en Latinoamérica, las primeras dictaduras de este cielo de tiranías imperializadas, se cree ver en ellas una manifestación esporádica y transitoria. Pero la fecunda germinación de despotismos y, sobre todo, su persistencia, se encargan de demostrar que una simple amenaza se convierte en régimen crónico.

Al aparecer los movimientos fascistas iniciales en América Latina, se desconoce su importancia y hasta se naturaliza. Sin embargo, poco tiempo después los hechos clarifican los espíritus. Un partido nazi lleva su representante al Parlamento Chileno; el Gobierno Peruano recurre a la policía fascista para adiestrar a su propia policía; el Presidente de Costa Rica limita la libertad de prensa y de reunión como resultado de exigencias nazis; un sólo consorcio germano invierte en el Uruguay una suma equivalente a dos tercios de las colocaciones yanquis; el Gobierno de este mismo país rompe las relaciones con las autoridades legítimas de España; diversos Estados del Continente reconocen al Gobierno de Burgos.

Pero es el proceso de penetración nazi-fascista en el Brasil, el que lleva un ritmo de proyecciones considerables. En menos de un año se produce una serie de hechos extraordinarios. Se suscribe un tratado comercial que determina la necesidad de invertir, el importe de las exportaciones brasileñas, en mercancías alemanas. Cuando nadie sospecha, el Reich ocupa el primer puesto entre los países importadores. La gestión de concesiones mineras por empresas nazis, recibe amplio apoyo del gobierno. Mediante un «dumping» sistemático, el comercio germano amplía sus bases de acción en extensas zonas de la República. El más poderoso trust metalúrgico del Ruhr procura el control de las reservas de hierro brasileñas, comprendidas entre las más ricas del mundo.

El Poder Ejecutivo de la República se coloca al servicio de la causa nazi-fascista. El integralismo recibe el apoyo político necesario para inscribir millares de afiliados. El Gobierno del Reich invierte sumas millonarias en propaganda nazi, con la tolerancia del Estado. Tanto en los cuadros administrativos, como en los del ejército y de la marina, los ciudadanos de filiación fascista desplazan a los demás y ocupan posiciones prominentes. Con pleno conocimiento de la opinión, el Integralismo se arma y organiza sus propios arsenales. Destacados escritores denuncian, ante la opinión, el desembarco de pertrechos de guerra, de procedencia alemana, en diversos puertos atlánticos. Señalan, asimismo, a distintas firmas comerciales ocupadas en el tráfico de armamentos nazis. Destacadas personalidades vinculadas al Gobierno Brasileño, reciben la invitación del Reich para visitar Alemania. La juventud hitlerista constituye asociaciones y presta público acatamiento al dictador alemán. Un escritor eminente revela la existencia de servicios de espionaje y de delación, dirigidos por súbditos germanos. Destaca, también, la intervención de técnicos fascistas en el estudio de las riquezas y posiciones estratégicas en caso de guerra mundial. La opinión pública denuncia el propósito oficial de provocar la guerra civil y la intromisión del Reich en condiciones similares a las de España. Hubo ya un instante en que el estallido pudo producirse. El Gobierno Federal estaba pronto para suscitarlo. Hubiera encontrado, de ese modo, la oportunidad para suprimir los restos de vida institucional, inaugurar el nuevo tipo de gobierno fascista al amparo de acuerdos parecidos a los celebrados entre el General Franco y los regímenes alemán e italiano. La conducta de un grupo de militares resueltos, la actitud de diversos gobernantes estatales, apoyados por un fuerte movimiento popular, paralizaron, por ahora, la consumación del plan gubernista. Pero el peligro no está descartado. La amenaza puede todavía cumplirse. Si se lleva a cabo, el Brasil se convertirá en la base de la expansión nazi-fascista en América Latina. Desde allí podrá promoverse las causas de convulsiones internas que den lugar al establecimiento de dictaduras de la misma índole. El Uruguay queda entre los más espuestos. Como durante la dominación portuguesa y la época de la po-

(Continuará)